



REMINISCENCIAS DEL LATÍN

Por Juan Manuel de Prada

Durante mi reciente estancia (o estadía, como dicen allá) en Argentina, la Corte Suprema de aquel país evacuó un polémico fallo que justificaba la suspensión de los derechos y garantías constitucionales en situaciones de emergencia. Para ello, los magistrados se amparaban en una presunta sentencia latina, *Fiat iustitia, pereat mundis* [sic], con la que trataban de aparentar sapiencia; pero la mención no sirvió, a la postre, sino para que exhibieran un grosero desconocimiento de la gramática latina, pues —como el lector perspicaz habrá advertido— la segunda proposición de la sentencia está abomina-

blemente declinada. Los jueces ni siquiera podían achacar el desliz a la negligencia de su mecanógrafo, ya que cada uno de ellos, en su voto particular, incurría en idéntica confusión (*pereat mundis*, en lugar de *pereat mundus*). Dejando aparte que la formulación elegida sea de un cinismo insoportable —sólo haciendo justicia y aplicando las leyes se puede construir una sociedad estable y evitar que perezca el mundo—, el alarde de los magistrados delataba la incuria en que yace relegada la cultura clásica. Una la-cra que, por supuesto, no es exclusiva de la Argentina, sino que campa por doquier.

Debo de pertenecer a esa última generación de españoles que frecuentaron el latín en la escuela, antes de que la banalidad de nuestra época (que postula un saber meramente instrumental) lo relegara al desván de las disciplinas obsoletas. Sin el latín, yo jamás hubiese descubierto mi vocación literaria; fue a través de su estudio como llegué a vislumbrar la aritmética secreta del idioma, esa melodía exacta y envolvente que llamamos sintaxis, ese orden interior sin el cual la escritura degenera en logomaquia o en jerga vacua, sometida al maltrato y a las veleidades de los ignorantes. Si el latín no hubiese alumbrado mis años juveniles, jamás me hubiese adentrado en esas alcobas íntimas donde las palabras tejen su red de correspondencias secretas, su entramado de sutiles resonancias. Escuchando a nuestros políticos, se entiende la razón última que los ha impulsado a deterrar el latín a un arrabal de desidia. Cuando las palabras extravían en los laberintos del olvido su filiación genética, dejan de ser sustanciales, para convertirse en mercancía fungible, dúctil al cambalache y la interpretación torticera y partidista. Cuando, por ejemplo, desconocemos la etimología de *patria*, resulta muy sencillo proferir que el patriotismo es una pasión trasnochada y retrógrada,

Tuve maestros que me infundieron el entusiasmo del latín y me enseñaron a descifrar su arquitectura esbelta, levantada sobre cimientos inexpugnables y capaz siempre de vislumbrar un horizonte inédito de sorpresas. Tuve maestros que me ayudaron a declinar

las palabras, a concordar las distintas proposiciones de una frase, a distinguir un ablativo absoluto; tareas que, según los actuales métodos educativos, se consideran inservibles o superfluas, pero cuya reminiscencia me asiste, mientras escribo este artículo. Tuve maestros que me llevaron de la mano hasta las raíces mismas del idioma y me mostraron su infinita herencia: ahora sé que las palabras que cada día convoco sobre el papel o sobre la pantalla del ordenador se disolverían en un torbellino de humo si no existiera un armazón previo que las sostiene y dignifica, que les brinda significación y alimento.

Aún recuerdo el minucioso y recóndito placer que me producía descifrar una égloga de Virgilio, un discurso de Cicerón, un pasaje mitológico de Ovidio; de repente, lo que a simple vista parecía un galimatías, adquiriría la claridad exacta de un teorema. Algún lector pensará que vindico una cultura exquisita y elitista, una especie de cultiparla que nos aleje del lenguaje palpitante con el que se expresan los hombres contemporáneos; nada más alejado de la realidad: el conocimiento del latín nos hace más contemporáneos, más dueños de nuestro tiempo, porque ilumina las palabras que cada día utilizamos y las entronca con un acervo común que nos explica.

Parafraseando a aquellos magistrados argentinos, podemos afirmar: *Fiat lingua latina, ne pereat mundus.*

Reproducción autorizada por Juan Manuel de Prada

LIBROS recibidos

EDITORIAL ESPASA CALPE

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Más de 35.000 entradas y más de 100.000 definiciones. Anexos con información gramatical y ortográfica

DICCIONARIO DE SINÓNIMOS Y ANTÓNIMOS. Cerca de 19.000 entradas y más de 100.000 sinónimos y antónimos.

EDITORIAL VICENS VIVES

FRANKESTEIN. De Mary Shelley. Colección: Aula de Literatura.

EL CONCE LUCANOR. De Don Juan Manuel. Adaptación de Agustín. S. Aguilar. Ilustrado por Víctor G. Ambrus. Colección: Clásicos Adaptados.

EL IRIS MÁGICO. De Juan Ramón Jiménez. Ilustraciones de Jesús Gabán. Selección de J. R. Torregrosa. Colección: Antología Lírica.

PEARSON EDUCACIÓN

DEL ACOSO ESCOLAR A LA COOPERACIÓN EN LAS AULAS. De María José Díaz-Aguado.